

Peligrosa División en el Comité Secreto Para Salvar al Euro¹

Dos meses después de la quiebra de Lehman Brothers, en el otoño de 2008, un reducido grupo de dirigentes europeos creó un comité secreto de trabajo —tan secreto que lo apodaron “el grupo los sherpas”—, cuya misión fue elaborar un plan para atajar los eventuales incumplimientos de algún país de las 16 naciones en la eurozona.

Un año después, cuando Grecia se metió en problemas, el cónclave, de cuya existencia nunca antes se había informado, tuvo que ponerse de acuerdo sobre una estrategia. En el preludeo de un irritado debate público que más tarde habría de retrasar hasta el último momento la respuesta de Europa a la crisis de la deuda de la eurozona, el comité de trabajo luchó por superar amplios desacuerdos sobre cuándo y cómo la eurozona debería rescatar a uno de los suyos. Nunca dieron con la respuesta.

Una investigación de *The Wall Street Journal* basada en docenas de entrevistas con funcionarios de toda la UE, revela que las divisiones que enturbiaban al comité de trabajo pusieron en serio peligro de colapso a la unión monetaria. A principios de mayo, pocas horas antes de que Alemania y Francia rompieran su estancamiento y acordaran aprobar un fondo de un billón de dólares para rescatar a los miembros con problemas de la eurozona, Christine Lagarde, ministra francesa de Finanzas, dijo a su delegación que, según gente familiarizada con el asunto, la eurozona estaba a punto de romperse.

Personas de todo el mundo apostaron a que la muerte de la eurozona estaba cerca. Una ola de incumplimientos gubernamentales en la periferia de Europa pudieron detonar una nueva crisis en el sistema bancario internacional, con consecuencias aún peores para la economía mundial que el fracaso de Lehman.

Las divisiones ideológicas que aún continúan ocasionaron el peligroso nerviosismo que paralizó la búsqueda de soluciones de la unión monetaria a sus fallas estructurales. Diferencias profundas en materia de política económica entre el frugal norte de Europa y el laxo sur, entre Alemania y Francia, y entre los gobiernos nacionales y las instituciones centrales de la UE impidieron una respuesta efectiva a principios de la crisis. Sólo cuando enfrentaron la calamidad —el colapso de la eurozona— los dirigentes dejaron de lado sus diferencias y llegaron a un compromiso.

Para complicar las cosas, era frecuente que los dos políticos más importantes para decidir la suerte del euro tuvieran agendas conflictivas —y personalmente, mucho en juego ...

¹ <http://online.wsj.com/article/SB10001424052748703467004575464113605731560.html> 24 de septiembre de 2010.

Finalmente Europa estableció un fondo de rescate en mayo. Para entonces el precio de la calma se había disparado, lo que requería un compromiso de € 750 mil millones. Se desactivó el pánico, pero no ha sofocado la crisis: el insostenible endeudamiento sigue planteando enormes desafíos, especialmente en Grecia e Irlanda.

El peligro de una crisis de deuda gubernamental de la eurozona comenzó a preocupar a los principales fabricantes de la política europea en octubre de 2008. Hungría, miembro de la UE que no utiliza el euro, se vio en la imposibilidad de vender bonos a los inversionistas nerviosos. La UE, con un programa ya existente pero poco utilizado, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial rápidamente apoyaron a Hungría, prometiendo unos € 20 mil millones en préstamos.

Pero pronto se hizo evidente que la eurozona no tenían herramientas para salvar a uno de los suyos. Los tratados de la UE pusieron de manifiesto que el recurso utilizado en Hungría estaba fuera del alcance de los miembros del euro. Para la mayoría de funcionarios de la UE, el FMI también era un tabú: Sintieron que sus préstamos estaban bien para los pobres de las naciones ex comunistas, pero no para los desarrollados miembros del euro.

En marzo de 2009 Xavier Musca, funcionario del Tesoro francés, se disponía a dimitir como presidente del Comité Económico y Financiero, un influyente órgano de tecnócratas que gestionaba la política económica de la UE. Informó a su sucesor, Thomas Wieser de Austria, sobre los deberes del cargo. Al final de una larga lista, añadió uno más. “Por cierto —dijo Musca—, hay un grupo que no existe.”

El comité de trabajo secreto, coordinado por un presidente, se había estado reuniendo subrepticamente desde noviembre de 2008 para elaborar un plan ante una crisis al estilo de Hungría, que paralizara a una euro-nación. La membresía fue exclusiva para los altos responsables de las políticas —por lo general de la jerarquía inmediata al nivel ministerial de Francia, Alemania, la Comisión Europea, el Banco Central de Europa y la oficina de Jean-Claude Juncker, premier de Luxemburgo que dirige una asamblea de ministros de Finanzas del euro.

El grupo de trabajo se reunió a la sombra de muchos consejos y cumbres de la UE en Bruselas, Luxemburgo y otras capitales, a menudo en juntas a las 6:00 a.m. o apiñados en torno a bocadillos por la noche. Las participantes llevaron en la oscuridad a colegas de sus propios gobiernos, por miedo a filtraciones que detonaran una especulación desenfrenada en los mercados financieros.

Los candidatos potenciales a la crisis son evidentes: Portugal, Irlanda, Grecia y España, un grupo de estados profundamente endeudados, con sorna etiquetados con las siglas “PIGS” por los operadores de bonos.

Una crisis acumulativa

La pérdida de confianza de los inversores en la deuda de Grecia empujó al alza el rendimiento de los bonos —y condujo a la eurozona al borde de la destrucción. Medidas radicales de la UE calmaron el pánico, pero las preocupaciones sobre la deuda pública han vuelto.

Rápidamente se abrió una brecha entre Alemania, cuyo apego a las normas de la zona del euro se considera como veto al rescate de los países derrochadores, y Francia, que deseaba mayor libertad para que los gobiernos nacionales se apoyaran unos a otros, según su conveniencia.

Se desarrolló también una grieta en cuanto a la posibilidad de que las instituciones de la UE ejecutaran cualquier operación de rescate. La Comisión Europea, rama ejecutiva de las instituciones sindicadas, presionó a favor de un papel central en materia de incremento de fondos y préstamos y encontró un aliado en Francia. Alemania, cauta ante el abuso de poder, estuvo profundamente reacia a poner su dinero en manos de Bruselas.

El Ministerio de Finanzas alemán temió que la comisión tratara de establecer un precedente para centralizar el préstamo público europeo mediante bonos de la UE. Eso implicaría a Alemania, el más fuerte acreedor de Europa, como subsidiaria de otras naciones. En cambio, Alemania insistió en que cualquier ayuda debe venir a través de préstamos individuales de los miembros de la eurozona al país afectado. De esta manera Berlín, emisor del cheque más grande, podría controlar el proceso y forzar al recipiendario caprichoso a que se reformara.

La brecha filosófica entre los miembros del grupo de trabajo persistió durante casi un año. En octubre pasado dejó de ser académico.

Ese mes, el recién electo gobierno socialista de Grecia declaró que el déficit presupuestario del país en 2009 lo encabezaba el producto interior bruto con 12,5%, más de tres veces mayor que el pronóstico oficial del gobierno anterior.

Inversores aturdidos comenzaron a volcar los bonos griegos. Durante la primavera de 2010 Grecia afrontó enormes pagos de su deuda y no fue del todo claro si disponía de dinero.

En febrero se hizo evidente que las 16 naciones de la eurozona tendrían que hacer algo para encarar la crisis de los bonos griegos. El grupo de trabajo secreto de Francia, Alemania y los burócratas de la UE abrió sus puertas al resto de los países miembros, excepto a Grecia.

Para el 11 de febrero se había previsto una reunión de dirigentes de la UE para reflexionar sobre los objetivos económicos de Europa a largo plazo. Los gobiernos insistieron públicamente que Grecia no “estaba en la agenda”. La esperanza, dicen los ayudantes a varios líderes europeos, es que si Europa no altera los mercados al hablar sobre el asunto, Grecia podría ser capaz de vender bonos suficientes para escapar de sus problemas.

Pero los precios de los bonos griegos —una medida clave de la confianza de los inversores—

comenzaron a hundirse en los días previos a la reunión. El Sr. Juncker de Luxemburgo convocó a los ministros de Finanzas de la zona del euro a una teleconferencia de emergencia de en vísperas de la cumbre. Acordaron una declaración que sería leída al concluir la cumbre, para prometer “apoyo” a Grecia.

En el austero edificio de la cancillería de Berlín, la Sra. Merkel no estaba feliz. Sus asesores le decían que los problemas de Grecia eran más profundos que la escasez de efectivo a corto plazo: El país era económicamente incompetente y vivía más allá de sus medios. Advirtieron que sin una reforma profunda, un rápido rescate mantendría a flote a Grecia por sólo unos meses. Además, previeron los consejeros, el tribunal supremo de Alemania derribaría un rescate a menos que fuera absolutamente inevitable.

A altas horas de la noche la Sra. Merkel llamó a otros dirigentes, inclusive al presidente Sarkozy, y dejó claro que vetaría cualquier promesa de ayuda a Grecia a menos que Atenas tomara medidas mucho más estrictas para reducir su gasto público y reformar su economía.

Sarkozy respondió que George Papandreou, el primer ministro griego, estaba tomando ya medias valientes.

“Es hora de que Europa ayude”, dijo.

“Los mercados financieros dirán que no es una solución”, dijo la Sra. Merkel al líder francés ... [como] la expectativa de los dirigentes europeos [era saber qué ocurriría con la UE], los mercados de divisas el euro giraban a la espera de un vigoroso rescate —o de un busto.

Sarkozy lanzó al canciller a declarar enfáticamente que Europa respaldaría a Grecia. “No puedo comprar eso”, respondió la Sra. Merkel.

Finalmente, Van Rompuy negoció un compromiso en una frase de nueve palabras bordadas sobre un comunicado que sus ayudantes garabatearon en una mesa de conferencias: “El gobierno griego no ha solicitado ninguna ayuda financiera.” La mención a Grecia se coló por la puerta trasera, pero ajustada a la insistencia de Ángela Merkel de que al país no le ofrecerían ninguna ayuda.

Ella ganó el round.

Otros dirigentes europeos creen que Ángela Merkel ganaba tiempo por razones de política interna. Su coalición de centro-derecha se enfrentó a una crucial elección regional el 9 de mayo en Renania, al Norte-Westfalia, el estado más poblado de Alemania. Las encuestas de opinión mostraron que los votantes estaban furiosos ante la posibilidad de rescatar a los libertinos griegos.

“Estaba claro que la elección jugaba un gran papel”, dijo el ministro de Finanzas de otro país de la eurozona. Los voceros de Ángela Merkel negaron enérgicamente que Renania del

Norte-Westfalia haya influido en su táctica sobre Grecia.

La canciller luchó para frenar la especulación sobre un inminente un plan de rescate el último viernes de febrero, cuando el jefe del Deutsche Bank —el mayor banco alemán—, el presidente ejecutivo Josef Ackermann, misteriosamente apareció en Atenas para celebrar consultas con los dirigentes griegos. Ackermann tuvo una idea para suministrar a Grecia un máximo de € 30 mil millones de crédito, la mitad, proveniente de Alemania y Francia, la mitad, de los principales bancos europeos.

Mediante una llamada telefónica desde Atenas, ese día el señor Ackermann lanzó la propuesta a Jens Weidmann, principal asesor económico de Ángela Merkel. Respuesta: es inaceptable. “Usted no puede decir que los griegos que se trata de una oferta del gobierno alemán”, dijo Weidmann, temiendo la impresión ya generalizada de que el Sr. Ackermann estuviera actuando como intermediario.

Un pelotón de cámaras rodeó a Ackermann cuando salió del edificio del parlamento griego. “Estoy aquí regularmente porque me encantan Grecia y su hermoso clima”, dijo, sonriente, el señor Ackermann, antes de desaparecer en su Mercedes-Benz blindado.

A mediados de marzo Papandreu, el primer ministro griego, clamaba abiertamente a Europa para tranquilizar a los mercados al poner dinero sobre la mesa. Ese mes Merkel asistió a la radio pública alemana. Dijo que Grecia no necesitaba ayuda; que una próxima reunión cumbre de la UE debía centrarse en otras cuestiones y que otros dirigentes europeos no deberían suscitar “falsas expectativas”.

Pero entre bastidores, Ángela Merkel comenzó a ocuparse en planear las contingencias.

El comité secreto de trabajo se había puesto de acuerdo en un asunto: Europa, no el FMI, se ocuparía de cualquier rescate. El Ministerio de Finanzas alemán sentía lo mismo. Wolfgang Schäuble, el ministro de Finanzas, dijo públicamente que un rescate de Grecia que implicara al fondo con sede en Washington significaría admitir la debilidad europea. Tanto Sarkozy como Juncker y Trichet, jefe del BCE, compartían plenamente ese punto de vista.

No obstante, Merkel anuló a todos. Sus asesores le decían que la ayuda a Grecia podría ser vendida a sus escépticos compatriotas sólo como parte de un desgarrador programa de ajuste económico para Grecia del FMI. El dolor que el FMI infligiera también disuadiría de buscar ayuda a otros países endeudados de la eurozona.

El desacuerdo llegó al tope antes de la mayor cumbre de la UE, la reunión regular de primavera, en Bruselas, el 25 de marzo.

Esa tarde, antes que los 27 dirigentes se reunieran, Ángela Merkel se encontró con Sarkozy en una de las varias salas de reunión de la sede de la UE, estilo madriguera espartana. La

canciller acordó anunciar que la eurozona rescataría a Grecia si enfrentara una moratoria, pero sólo como último recurso, una vez que Grecia agotara su acceso a los mercados de capital. Además, el FMI debía ser parte de cualquier paquete de préstamos, y el FMI —no la Comisión Europea— debía elaborar el programa de revisiones de Grecia, dijo.

Sarkozy protestó contra la implicación del FMI, cuyo mayor accionista es el gobierno de los EE.UU. Europa no puede dejar que “los americanos” decidan quién recibe el crédito en Europa, dijo.

Merkel puso los pies en el suelo, insistiendo en que sólo el FMI tenía la experiencia necesaria. Sarkozy, reconociendo que el músculo financiero de Alemania fue esencial para cualquier plan de rescate, cedió a regañadientes.

El 11 de abril, con la crisis de confianza de los inversores por la dispersión de los bonos del gobierno griego por el sistema bancario del país, la UE finalmente puso el dinero sobre la mesa. Como Alemania quería, los € 30 mil millones para el primer año procederían como 15 préstamos separados, de gobierno a gobierno, mientras que el FMI podría prestar otros € 15 mil millones. Los funcionarios esperaban que la suma del préstamo para cubrir las necesidades de Grecia al menos de un año fuera suficiente para calmar a los mercados.

No lo fue.

Marcus Walker, Charles Forelle, Brian Blackstone